



Un sueño sobre el Confín...

“Te he hecho luz para las naciones, para que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra” (Hec 13,47).

P. Ricardo E. Facci

Nelson, un amigo de la Obra Hogares Nuevos, con quien hemos compartido muchas horas de trabajo, hombre de pocas palabras, pero generalmente muy atinadas, parece que cuando duerme, también atina en sus sueños. El otro día me compartió su sueño, que creo merece una reflexión:

Cuenta Nelson: “Soñando le pregunté al Padre Ricardo, ‘¿dónde queda el confín?’ Y el Padre Ricardo me contestó: ‘Depende, a veces queda lejos y a veces cerca’. ‘El Padre Ricardo me dio una respuesta filosófica que me hace pensar que existen dos confines: un confín cercano y otro lejano. El confín lejano es el que todos vemos con claridad, sería como la avanzada, el frente de extensión de Hogares Nuevos; lo que los miembros de la Obra no vemos tan claramente sería el confín cercano, representado por todo el ámbito de evangelización muy basto que todos tenemos a nuestro lado: parientes, amigos, compañeros de trabajo, vecinos, conciudadanos’. ‘A veces, este desconocimiento del confín cercano y ante la imposibilidad, por falta de medios y oportunidades, de llegar a evangelizar en el confín lejano, nos desanimamos y descuidamos nuestros propios ámbitos naturales’. Y continué diciéndole: ‘Padre, y ahora estoy pensando en un tercer confín. Un confín al cual tardamos más en llegar que al confín lejano y queda más cerca que el confín cercano: se trata del confín interior’ (todo el proceso de conversión...)”

Esta reflexión, realizada en sueños, tiene relación directa con aquella frase que expresé en la sacristía de la Parroquia Cristo Redentor de Aarón Castellanos, allá por setiembre de 1983, “hasta la esquina o el confín de la tierra, donde tú quieras Señor”.

Allí está expresado el confín lejano y el cercano. El confín de la tierra, el lejano, que puede estar representado por el horizonte, implica los extremos de la tierra, que puede ser lo geográfico, pero también, las diversas situaciones difíciles de quienes no están integrados en la sociedad o en la Iglesia, por el motivo que sea. El confín, en este sentido, tiene todo el peso del envío misionero del Señor. “Vayan y hagan que todos los pueblos...” (Mt 28,19) “vayan por todo el mundo...” (Mc 16,15). Envío que incluye a la familia, como lo expresa San Juan Pablo II: “La futura evangelización depende en gran parte de la Iglesia doméstica”¹. Y continúa el Papa Polaco: “La universalidad sin fronteras es el horizonte propio de la evangelización, animada interiormente por el afán misionero, ya que es de hecho la respuesta a la explícita e inequívoca consigna de Cristo: “Vayan por el mundo y prediquen el Evangelio a toda criatura” (Mc 16,15). También la fe y la misión evangelizadora de la familia cristiana poseen esta dimensión misionera católica. El sacramento del matrimonio que plantea con nueva fuerza el deber arraigado en el bautismo y en la confirmación de defender y difundir la fe², como verdaderos y propios misioneros del amor y la vida”³. Justamente, catolicidad implica universalidad, una evangelización sin fronteras, sin límites.

El confín cercano, es el lindero, el ámbito pequeño que nos rodea. Se lo puede identificar con “la esquina”. Es también una exigencia misionera. La misión de cada día. Muchos creen erróneamente que ser misionero es internarse en una selva africana o instalarse en una isla de la Polinesia. Claro, lo es, pero Dios sólo llama a algunos a esas aventuras misioneras, a la mayoría llama a cuidar apostólicamente “la esquina”. Al respecto, decía el Beato Pablo VI, “La familia, al igual que la Iglesia, debe ser un espacio donde el evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia. Dentro de una familia consciente de esta misión, todos los miembros de la misma, evangelizan y son evangelizados. Los padres no sólo comunican a los hijos el Evangelio, sino que pueden a su vez recibir de ellos este mismo Evangelio profundamente vivido... Una familia así se hace evangelizadora de otras muchas familias y del ambiente en que ella vive”⁴. Este confín tiene la exigencia del prójimo, del que está próximo, dentro de la familia, o en su entorno. ¿Cuántos que son linderos con nosotros aún no escucharon la Buena Noticia iluminadora de la familia? ¿Cuántos aún no se encontraron con Cristo por nuestra desidia?

En tercer lugar, el confín como límite del propio interior. Un confín nada fácil, por eso dice el sueño, “que se tarda más que alcanzar el lejano, sabiendo que queda más cerca que el confín cercano”. Está cerca, “aquí nomás”, pero no siempre se lo reconoce ni se lo aborda para producir la transformación necesaria. Es el confín que todo cristiano debe enfrentar, sobre el que se apoya el ser misionero de los otros dos confines: ser testigos de la obra

operada por Cristo en nosotros. Llegar a este confín implica todo un proceso de conversión. “Conviértanse...” (Mc 1,15).

Es cierto que no podemos pensar en lograr una vida cristiana al ciento por ciento. Se debe reconocer que se está en camino, que hay mucho para aprender, que se necesita un proceso conversional, paso a paso. Ciertamente, como les he expresado en otras oportunidades, la conversión fundamental es un instante que se prolonga hacia toda la vida, es un momento, que se realiza con el don de la paciencia durante todo el peregrinaje terreno. Exige confianza, valentía, porque no es cuestión de querer ser cristianos perfectos en un abrir y cerrar de ojos; el desafío está en ser fieles a la conversión fundamental y, luego, con perseverancia trabajar la conversión gradual, paulatina, que muchas veces se hace cuesta arriba. Por esto, es necesario no cansarse ante las caídas y desánimos, sino constantemente recomenzar el camino con el perdón del Señor, y así seguir adelante.

El perdón implica arrepentirse del pecado, acto que es mucho más profundo que sentir vergüenza o culpabilidad. La Palabra de Dios, en algunos pasajes, describe este sentimiento fruto de permitir que Cristo ilumine el interior para descubrir lo que aún no se veía. No es algo simple ni sencillo, ni es la incomodidad de un dedo acusador, que generalmente hunde en la desesperación y la tristeza. Es un movimiento interior, que al permitir la entrada de Cristo siente que es iluminado, se conoce y comienza la conversión. La palabra conversión alude a un cambio de rumbo. La nueva dirección brota de la luz de Cristo que muestra lo que uno no veía antes. Cristo viene a ser aquí como la lámpara que me lleva a saber la verdad sobre mí mismo; él es Aquel que me enseña lo que yo no sé sobre mí, como expresa el Concilio Vaticano II: "Cristo revela el hombre al hombre mismo."⁵. Encontrarse de verdad con Cristo, es poder profundizar sobre uno mismo, como el caso de la samaritana (Cfr. Jn 4,1-42) o como Zaqueo (Cfr. Lc 19,1-10). Por supuesto que es muy distinto encontrarse con el pecado en uno mismo iluminado por la luz de Cristo, que sin esa iluminación. Sin Cristo, descubrir la verdad de un corazón egoísta conduce a la desesperación, a la amargura y la tristeza, pero cuando uno cree en Cristo Salvador, todo es diferente. Cristo no esconde los errores, sino que sana y abraza desde su misericordia. Este confín muestra la grandeza de la obra de Cristo y nos hace testigos lanzados hacia los confines lejanos y cercanos. El confín de la tierra no es un viaje de aventura al fin del mundo y encontrar una ballena enorme, una tortuga gigante o una serpiente de mar; es descubrir en tierras lejanas o cercanas a quien tiene la necesidad de ser asistido por la presencia de Cristo que uno puede aportar, es también, velar por el propio interior para que sea tierra propicia para que viva Jesús, produciendo frutos que distribuye en todos los confines.

Oración

Señor Jesús,
en toda la historia de Salvación aparece la idea del “confín de la tierra”,
tu acción redentora llega infinitamente al confín de los confines,
y nos has enseñado que el recorrido de los confines no se lo transita sin sacrificio,
mirándose a sí mismo, con posturas egocéntricas,
ni es para quienes vegetan sin asumir las obligaciones que surgen del ser cristiano,
concretadas en la familia, la comunidad, las diferentes relaciones humanas,
sino, que es un camino estrecho, cargado de dificultades, para quienes saben amar de verdad,
entregados por tu causa de modo generoso,
sabiendo que el ámbito de los “confines” coincide con la meta de la felicidad, la santidad,
la realización del cristiano que modela en sí mismo el Plan de Dios.
Señor, ayúdanos, queremos decir “presente” en todos los confines
trabajando para que Tú tengas presencia en nuestro interior, nuestra familia y todas las familias
a las cuales nos llamas para evangelizarlas. Amén.

Trabajo Alianza

- 1.- ¿Qué conclusión elaboramos a la luz de este “sueño” de Nelson?
- 2.- Personalmente, como matrimonio o como familia, ¿qué estamos haciendo por cada uno de los confines presentados? ¿En qué podemos mejorar?

Trabajo Bastón

- 1.- Trabajar la pregunta 1 del Trabajo Alianza.
- 2.- Como comunidad, ¿qué estamos haciendo por cada uno de los confines presentados? ¿En qué podemos mejorar?
- 3.-¿Por qué cuesta abordar de modo decisivo el confín interior?

Notas: 1. Juan Pablo II, Familiaris Consortio 52; 2. Cfr. Lumen Gentium 11; 3. Juan Pablo II, Familiaris Consortio, 54; 4. Pablo VI, Evangelii Nuntiandi 71; 5. Gaudium et Spes 22;